

*No busques nuevos caminos  
ni cambies de peluquero,  
no dejes que a tu destino  
lo afecte un corte de pelo.*

Como dice Eliseo Diego, en el *Magazín Dominical* citado, el niño es un misterio, “no creo que ninguno de nosotros, los adultos, sepamos lo que es un niño. Ellos sí lo saben, pero no lo dicen. Los niños son muy sabios”. Quizá no son tan sabios, los niños; no hay que idealizar la infancia, eso no es el paraíso donde caminan descalzas las gracias, y por esto mismo van configurando muy pronto un mapa político para perseverar en su ser en el mundo donde les tocó criarse, y presienten, los niños, olfatean, sospechan las cosas, y saben que no pueden confiar sino en raros adultos, son intuitivos y cautos, y que no les vengán a vender una caricatura de vida como la que presume de inocente y de limpia en tantas bocas maternas y paternas, incluyendo a las tías, *mi cielo*, esa mentira no les entra, aunque, de rebote, corre el riesgo de hacerles daño; ninguna lady Macbeth lavándose las manos una y otra vez para borrar las manchas de sangre les convence o emociona ni poquito. No sabemos lo que son los niños, y ciertamente no es lo que quieren proyectar los adalides del realismo mágico en todas sus variantes; los niños no navegan en estas aguas.

Del librito de Triunfo Arciniegas, *Los casibandidos*, se salvan las ilustraciones, hechas por Rafael Barajas “el figón”. Encontramos escenas como ésta en el cuento de Petronio citado arriba: hambriento, está molesto con su escopeta que no dispara balas sino flores. Entonces, “Petronio habló de hombre a escopeta con su amiga. Le expuso la terrible situación” (pág. 20). Está claro para un niño, “de hombre a escopeta”, ¿no?, o sea, de tú a tú con una cara de escopeta.

Echamos de menos en la literatura infantil local las cosas que encontramos en un Heinrich Böll, *Destino de una taza sin asa*, donde la taza, colocada en el bordillo de una ventana alta en un edificio, se siente en

peligro y expresa su cuidado de la vida, siendo la narradora del cuento misma, procurando una conexión con el niño, quien, la noche de Navidad, parece haberle dado la espalda encandilado con algún advenedizo, un tren eléctrico o una pelota de números. Aquí no es que las cosas se comporten como personas; es más bien lo inverso: las personas son arrastradas al campo molecular de las cosas, un devenir-taza de Heinrich Böll. Estas cosas no sólo son posibles: es la única posibilidad que tenemos los hombres, en esta fuga incesante por apartarnos del patrón Hombre-Blanco-Adulto-habitante-de-las-ciudades-del-Norte, la única posibilidad de volver a la vida a través de las minorías todas, lo cual no quiere decir, en sentido cuantitativo, las moscas, por ejemplo, los insectos todos son una minoría, las mujeres, los niños, los de piel oscura, los del tercer, cuarto y quinto sexos, el agua, las flores, las plantas, los animales, las piedras, las simples cosas...

RODRIGO PÉREZ GIL

## Humor intelectual

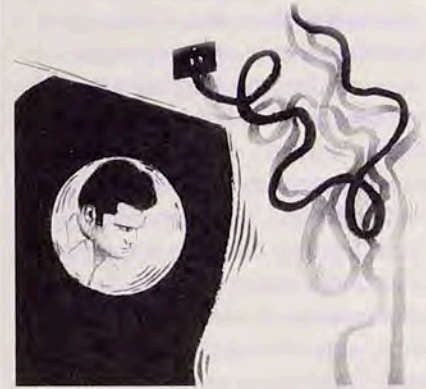
### La caja de las lágrimas

Triunfo Arciniegas

Ediciones B, Grupo Zeta, Barcelona, 2004, 104 págs.

Triunfo Arciniegas es uno de los autores nacionales más prolíficos y más premiados en ese género conocido como *literatura infantil*. Él se ha ganado el premio Enka, que fue tan jugoso y tan importante en su tiempo, el de Comfamiliar del Atlántico, el Nacional de Literatura de Colcultura, el Premio Nacional de Dramaturgia y el Premio Parker de Literatura Infantil. Otros autores como Celso Román y Yolanda Reyes han incursionado también con éxito en este género en nuestro país, y Rubén Vélez —el famoso Marqués de la Humareda— nos sorprendió

hace un par de decenios con su *Hip - hipopótamo vagabundo*, además del prematuramente desaparecido escritor Jaime Alberto Vélez, quien se atrevió también en esos terrenos con *Buenos días, noche*. En cuanto a poesía para niños, pues en Colombia tenemos la inmensa fortuna de contar con algo que ya forma parte de nuestro acervo como son los *Cuentos pintados* de Rafael Pombo, quien hizo unas traducciones tan bien logradas de poemas clásicos ingleses a nuestra lengua y las adaptó tan bien a nuestro medio, que más que versiones, son verdaderas creaciones. Por otro lado, en la actualidad el poeta Horacio Benavides ha hecho en Cali su parte, publicando una bella colección de adivinanzas para niños. Y hace años esperamos impacientes —quienes conocemos su ingenio— otra buena tanda de adivinanzas infantiles de Juan Raúl Navarro.

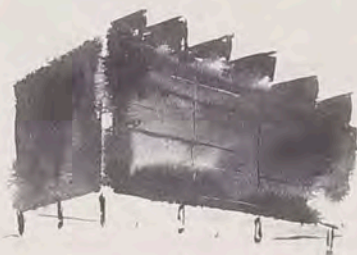


El libro del que queremos hablar es *La caja de las lágrimas* de Triunfo Arciniegas. Se compone este volumen de ocho relatos: *Toto de Lucy*, *La mujer que vivía dentro de un caballo*, *El hombre que era perro*, *Querida Lucy*, *La caja de las lágrimas*, *Lucy entre fantasmas*, *Lucy, gato y vampiro*, y *Lucy y yo*. No conozco muy bien los límites entre la literatura infantil y la que podríamos llamar de adultos. Es innegable que esas categorías existen, puesto que hay centenares de obras en todas las lenguas y tradiciones que han formado parte de la memoria de todos los que algún día fueron niños. En Occidente están los cuentos de Perrault,



de Andersen y los de los Hermanos Grimm para empezar —maravillosas compilaciones de cuentos tradicionales a los que ellos en su momento pusieron su sello personal—, por no hablar de *En la diestra de Dios padre*, de don Tomás Carrasquilla, un verdadero clásico en nuestro medio y también una transcripción de un cuento tradicional. Repito que no sé en qué consiste lo de la literatura infantil, aunque lo de la juvenil lo tengo un poco más claro. Se sabe que en una temporada de vacaciones, encerrado en una quinta de Escocia, y asediado por la nieve en compañía de su mujer y de su hijastro, Robert Louis Stevenson compuso para éste último, día tras día, durante dieciséis jornadas *La isla del tesoro*, una de las más populares y encantadoras historias de piratas de todos los tiempos. El libro fue disfrutado por el adolescente para quien fue escrito, pero de ahí en adelante siguió embrujando a millones de lectores —no solamente muchachos imberbes aburridos en una quinta escocesa en medio de la nieve— en distintas lenguas y en diferentes épocas. Sé que Álvaro Mutis —quien ya de viejo se dejó unos mostachos nada juveniles— la relee cada año como para refrescarse de otras lecturas un tanto más pesadas. Y no hablemos de otro clásico como es *Aventuras de Robinson Crusoe*, la novela de Daniel Defoe, que, aparte de cumplir con eso de ser una obra comprensible para jóvenes, también puede leerse como una alegoría de la soledad del hombre y tantas cosas más cuantos lectores curiosos tenga; o las novelas de Emilio Salgari, o las del adelantado inventor Julio Verne. Eso en cuanto a la literatura juvenil. En cuanto a los cuentos infantiles, que se supone deben ser —en apariencia— menos complejos y, sobre todo más suaves en sus emociones, pues no sé... Yo recuerdo no sólo las lecturas de los cuentos, sino los discos en los que podían oírse las diferentes voces de los habitantes de la granja del *Patito feo* y los chapoteos en el agua del futuro cisne, lo que por supuesto ponía mucha emoción a la narración;

y éstos eran unos cuentos bastante terroríficos, en los que aprendí mis primeras nociones de injusticia, humillación y pánico. Me consta haber visto los ojos encharcados de mi hijo cuando apenas tenía unos cuatro años al leerle la historia de Pulgarcito. ¡Pero está bien que los niños vayan sabiendo lo que les corre pierna arriba, que no se crean que esto aquí son cancioncitas dulzarronas! Por lo demás, eso de que la infancia es la época más feliz de la vida es un cuento para ingenuos, o para quienes quieren hacernos creer que es mejor así, sabiendo que los niños son crueles y más de una vez incluso tan monstruosos como los adultos. ¡Basta leer esa gran novela de William Golding, *El señor de las moscas*, para saber hasta qué punto pueden llegar las criaturitas! Hubo una pareja de hermanitos a los que dejaron solos en su casa y decidieron probar la escopeta del papá con la señora del servicio, y años más tarde desfalcaron el país del que uno de ellos fue presidente.



Pero volvamos al libro de Arciniegas. Estos cuentos —creo yo— pueden ser más fácilmente disfrutables por adultos, pues su humor es un humor intelectual. Es un humor que supone el conocimiento de ciertos temas y la lectura previa de algunos autores, cosa que no tiene por qué conocer un niño. ¿Quién a los ocho o nueve años va a saber de Felisberto Hernández, como llama con mucho humor Arciniegas al caballo de uno de sus cuentos, y al mismo tiempo saber que así se llama un escritor uruguayo que escribía cuentos absurdos? Eso por dar un ejemplo. Yo imagino que,

más que el niño, se divertirá el papá —y un papá culto, por lo demás—, quien se verá a gatas para explicarle al párvulo la razón de sus risas mientras le lee el cuento. Las historias son divertidas y están bien escritas, pues Triunfo Arciniegas es un buen escritor y tiene oficio, pero, repito, yo dudo mucho que un jovencito que no ha pasado la decena de años entienda el sentido de que haya una muchacha que vive dentro de un caballo, como cualquier Jonás, y que su lectura favorita en el vientre del animal sea Ítalo Calvino. Ésa es una carambola que requiere una determinada experiencia intelectual para que logre el efecto que se propone, y humildemente creo que los cuentos infantiles deben ser de acceso más inmediato para los lectores a los que van destinados, sin que ello signifique menospreciarlos ni tratarlos como retardados mentales.

En cuanto a las ilustraciones de Carlos Manuel Díaz, pues no son la gran maravilla; son demasiado convencionales, tienen un toque publicitario como de *story board* y hay dibujos de igual soltura pero con más carácter; pero lo que verdaderamente no se explica uno es para qué diablos las editoriales publican libros con ilustraciones —en este caso realizadas en color pero impresas en blanco y negro— si han de imprimirlas de manera tan torpe.

FERNANDO  
HERRERA GÓMEZ

## Palabras de contención

**Ángeles clandestinos: una memoria oral de Raúl Gómez Jattin**

*José Antonio de Ory*

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2004, 421 págs.

Elegante, sibarita, generoso, querendón y culto al máximo. Insoportable, vanidoso, arbitrario, agresivo y pi-